

el mes de Joan de Sagarra



El actor Gérard Depardieu intenta besar a la actriz Isabelle Huppert durante el photocall del festival de Cannes del 2015

YVES HERMAR/REUTERS

En su artículo de despedida para 'Cultura/s', Joan de Sagarra glosa a su admirado Simenon y a su famoso detective, el más popular e imperecedero de Francia

Maigret-Depardieu

No suelo ver la tele. A veces, los amigos me hablan de series que desconozco. La última serie que vi fue *Twin Peaks*, que me encantó. Tampoco veo películas, mejor dicho, veo las mías, mis devedés, algunas de las cuales, de tanto verlas, acabo sabiéndomelas de memoria, incluidos los diálogos y monólogos que repito con los actores. Pero sigo fiel a *Hércules Poirot*, por el actor, David Suchet, que lo interpreta (intenté leerlo, pero no funcionó). Y otro tanto me ocurre con *El comisario Montalbano*, de Camilleri, con la diferencia de que si bien el actor que interpreta al personaje de Hércules Poirot me da lo que no pillo, no veo en el libro, Luca Zingaretti, el intérprete del personaje Montalbano me da lo que pillo en el libro... y algo más. Tuve la suerte de conocer a Camilleri. Almorcé con él en un par

de ocasiones, una en Barcelona, junto a Manolo Vázquez Montalbán, y otra en Catania, pero me olvidé de preguntarle si estaba de acuerdo conmigo en que el intérprete del comisario Montalbano le daba ese algo más al personaje. Para bien, que no para mal. Porque hay intérpretes que se pasan, hasta el punto de cargarse el personaje.

Otro personaje que me tiene *el cor robot*, como decimos los catalanes, es el inspector Maigret. Solo que si de Poirot y de Montalbano solo conozco uno, de Maigrets conozco unos cuantos... Como todo el mundo sabe, Maigret, *El comisario Maigret*, es la criatura de Simenon. Gracias a él, Simenon se hizo con una inmensa popularidad, ganó muchísimo dinero y muchísimos lectores, pero esa paternidad, ser "el padre de Maigret", le supuso

también no hacerse con el Goncourt, con un sillón en la Academia Francesa y quién sabe si con el mismo Nobel –que yo le hubiese concedido sin pensármelo dos veces-. ¿Por qué? Pues porque un autor de novelas policíacas no puede compararse con gentes como Joyce, Céline, Proust o Kafka.

No, no le dieron el Goncourt, ni el Nobel, pero los Maigrets de Simenon van mucho más allá de lo que conocemos como una novela policíaca, mucho más allá de *Hércules Poirot* y de *El comisario Montalbano* de Andrea Camilleri. Eso se aprecia con la sola lectura de las novelas, novelas *de gare*, de estación, de tren, como le llaman los franceses. Pero luego están los Maigrets del cine, de la televisión, que a diferencia de las criaturas de Agatha Christie y Camilleri, son interpretadas

por un buen puñado de actorazos, de Pierre Renoir, el hermano de Jean, a Jean Gabin, pasando por Raimu... Por cierto, hablando de Simenon, de sus personajes y el cine, quisiera recomendarles el libro *Simenon Cinéma*, de Serge Toubiana y Michael Schepeus (*Le Seuil*, 2002), ricamente ilustrado.

¿Qué añaden estos actorazos a los Maigrets de las novelas? ¿Se pasan? Alguno hay que se pasa en la tele alemana o británica, pero los actores que acabo de nombrar, esos, todo y ciñéndose al personaje, le inyectan una personalidad, un propio encanto que los enriquece considerablemente. Hasta tal punto que conozco para quienes Maigret es sinónimo de Gabin y Pierre Renoir sinónimo de Maigret. Y aquí es donde quería yo llegar. ¿Ve usted posible, amigo/a lector/a un Maigret-Depardieu o, tanto monta, un Depardieu-Maigret? ¿Un Maigret sin su pipa, *tout nu*, envejecido, melancólico? Pues váyanse haciendo la idea, porque Gérard Depardieu acaba de interpretar el personaje del comisario en una film, del que me llegan excelencias, de Patrice Leconte; un film basado en la novela de Simenon *Maigret et la jeune morte* (1954), y que se titula *Maigret*, a secas. He leído en *Le Monde* una crítica en la que su autor ve, en el film, antes que al viejo comisario el testamento de Depardieu, como si el actor fuese más importante que el personaje. En cualquier caso, pronto saldremos de dudas, pues me dicen que el film se verá en Barcelona a finales de abril, en el Barcelona Film Festival, y un pajarito me ha dicho que hasta es posible que el propio Depardieu venga a presentarlo en el Institut Français. Y dicho esto, ya veo la cara que pondrán las señoras Sandra Ollo (Acantilado) y Silvia Sesé (Anagrama), unidas para promocionar al gigante *Simenon*, cuando vean llegar al nuevo Maigret, un actor de 73 años acusado de violar a la actriz Charlotte Arnould (27 años), amigo de Putin, el cual le obsequió con un pasaporte ruso, y que declara, en una reciente entrevista, sentirse más ciudadano ruso que francés. Confío en que el festival no descarte el estreno de la peli.

PS. Como ya informé en mi *Terraza* del 20 de marzo, estas líneas sobre Simenon, Maigret y Depardieu son las últimas que publico en este y en cualquier otro diario. Muchas gracias por su atención y su simpatía, del todo compartidas. |

JOAN DE SAGARRA



Dietario La gastronomía en el Londres del XVII

El señor Pepys lo cuenta todo

MAURICIO BACH

De las muchas delicias y excentricidades que nos ha regalado la literatura británica, reconozco una especial querencia por tres obras: *El perfecto pescador de caña* de Izaak Walton, un manual de pesca del siglo XVII que deviene reivindicación de la calma y celebración de la naturaleza; la *Vida de Samuel Johnson* de James Boswell, biografía hipertrofiada rebotante de fognazos de ingenio, y *El diario de Samuel Pepys*, del que en el 2003 la editorial Renacimiento publicó una amplia selección y del que ahora nos llega esta realización por dos especialistas británicos y cen-

trada en los anotaciones relacionadas con la gastronomía, aunque en ellas hay mucho más que comidas pantagruélicas.

El diario de Samuel Pepys (1633-1703) es una obra singular dentro del género. El autor no era un literato –aunque se licenció en Literatura en Cambridge– sino un funcionario naval, que entró a trabajar para el Almirantazgo gracias a que su padre estaba emparentado con Edward Montagu, primer conde de Sandwich (uno de cuyos descendientes fue el inventor del célebre bocadillo como tentempié para sus interminables partidas de cartas).

En sus últimos años Pepys se metió en

política, y en líos, ya que su participación en algunas conspiraciones lo llevó a pasar por la cárcel un par de veces, pero si hoy lo recordamos es por el diario que escribió en su etapa de funcionario naval, entre 1660 y 1699. En él consignaba sus quehaceres cotidianos y la minuciosidad de sus anotaciones da a sus páginas un valor histórico notable para acercarse a la realidad diaria del Londres de la Restauración y a acontecimientos como la guerra contra los holandeses, la Gran Peste de 1665 y el gran incendio de Londres de 1666. Pero más allá de esta aportación testimonial, el diario tiene un jugoso valor literario.

Pepys no hace profundas reflexiones, ni lanza agudas sentencias aforísticas, ni se recrea en descripciones prolongadas. Se limita a consignar su día a día de forma metódica y escueta. Lo más lógico es que el resultado fuera aburridísimo, pero acaba siendo todo lo contrario, porque el señor Pepys lo cuenta todo: los placeres y tensiones de su matrimonio, sus andanzas extramatrimoniales, las veladas teatrales y musicales, sus desplazamientos por el

Támesis, las visitas a tabernas, las fiestas en selectas mansiones...

En las entradas que se seleccionan en esta estupenda edición conviven lo gastronómico con lo escatológico: manjares como langostas, ostras o lenguas de alondra, la compra de especias, curiosas recetas culinarias de la época, una carpa marinada cubierta de gusanos, excesos etílicos que provocan jaquecas, indigestiones, problemas de estreñimiento... Pepys lo anota todo, sus grandezas, sus flaquezas y sus miserias, y al final emerge el espléndido retrato de un ser humano –como usted o como yo, solo que vivió en el siglo XVII– con todas sus paradojas y contradicciones, y con unas arrolladoras ganas de disfrutar de la vida. En esta desarmante sinceridad está acaso el secreto de la adicción que provoca la lectura de este diario. |

Samuel Pepys

La alegría del exceso

NÓRDICA. TRADUCCIÓN: IÑIGO JAUREGUI. 128 PÁGINAS. 16,50 EUROS